

»Con este motivo tengo el honor de ofrecerme vuestro muy afectísimo,

»*Abraham Lincoln.*»

El Presidente se veía obligado á cada momento á sostener polémicas de este género á fin de no dejar sin contestacion las muchas reclamaciones y cartas que se le dirigian: el partido democrático iba siendo cada vez mas fuerte, y arreciaba la lucha política con tanto empeño, si cabe, como la que tenia lugar en los campos de batalla. Los dias mas tristes para la República fueron, á no dudarlo, los que precedieron al 4 de julio de 1863, en que el derrotado ejército del Potomac comenzó á retirarse para cubrir á Washington y Baltimore, mientras que los descabros sufridos en Winchester, en Fredericksburg y en Chancellorsville, acababan de hacer apurar al Gobierno el cáliz de la amargura. Durante aquellos dias de verdadero peligro, cuando los partidarios del Sur y muchos que no lo eran, esperaban á cada momento ver aparecer de pronto frente á Philadelphia y Nueva-York las victoriosas legiones del general Lee, todos los jefes del partido democrático y sus principales oradores se ocupaban en confeccionar discursos que, leídos sucesivamente, obtuvieron entusiastas aplausos, principalmente de aquellos que insistian en que era preciso á toda costa poner término á la guerra que devastaba el pais.

El ex-Presidente Franklin Pierce, entre otros oradores, pronunció en Concordia un brillante discurso, del cual copiaremos aquí algunos de los párrafos mas notables:

«La Declaracion de la Independencia, decia Mr. Pierce, fué la base de nuestra grandeza política en las dos ideas fundamentales de la libertad absoluta del pueblo americano y de la soberanía de sus respectivos Estados. Bajo esa bandera hicieron la guerra

de la Revolucion nuestros heróicos abuelos, supieron vencer, y establecieron la Union con las bases que todos conocemos, comprometiéndose á observar rigurosamente los principios constitucionales que entonces empezaron á regirnos. Sabios é ilustrados fueron los hombres que establecieron la Union, ese templo augusto bajo cuya bóveda han disfrutado tres generaciones todos los beneficios de la libertad que la Providencia puede conceder á los mortales; ese templo ante cuyos altares, tanto vosotros como yo, nos hemos inclinado con el mayor respeto, consagrándonos á defender la Constitucion que nos rige. No podreis menos de reconocer como yo, el mérito, la prevision, la sagacidad y el esquisito tacto de aquellos eminentes políticos que miraron á la sociedad como una cosa viviente y no como una vision, que comprendieron que el poder nacional consiste en la concentracion de diversas instituciones é intereses, que vieron, en fin, que la union de las partes es el elemento mas necesario de todo lo que hay de sublime en las obras del arte ó de la naturaleza. Venturoso dia fué aquel en que se proclamó por primera vez la Union, porque desde entonces aumentó la prosperidad del pais y quedó asegurado el bienestar del pueblo; acordaos de Washington, de Adams, de Jefferson, de Madison y de Jackson; aquellos eran tiempos felices, pero despues, nuestros padres comenzaron á dejarse dominar por las animosidades y espíritu de partido, y ya en la tercera generacion murió el patriotismo, sustituyendo á este las mas mezquinas pasiones. En otro tiempo nos considerábamos como la primera República del mundo; éramos queridos y respetados; los dias transcurrían felices; ningun ciudadano de América se veía espuesto á que se le deserrara ó se le arrestase por hacer uso de

sus mas preciosos privilegios; entonces no éramos testigos de una guerra espantosa, de una lucha fratricida, como la que devastaba nuestro pais, sembrando el luto y la consternacion por do quiera, haciendo verter amargas lágrimas á las familias de las numerosas víctimas que riegan con su sangre los campos de batalla. ¿Cuál es la causa de este cambio? ¿Qué locura se ha apoderado de los hombres de la Union? ¿Diriase que la Providencia ha permitido que un ángel vengador escitara á unos y á otros con su espada de fuego para convertir tantos millones de virtuosos ciudadanos, que se profesaban un cariño fraternal, en seres insensatos animados de un espíritu de destruccion; diriase que luchan tan solo para convertir nuestro suelo en un informe monton de ruinas enrojecidas con la sangre de millares de víctimas! ¿Á veces trato de cerrar los ojos para no ver dolorosas escenas; quisiera no oír los lamentos que llegan hasta mí, y me pregunto si lo que ahora sucede puede ser cierto, y si los dias de feliz prosperidad de mi pais no han sido mas que una vision pasajera, un sueño dorado que nunca ha llegado á convertirse en realidad, un sueño del que ahora despertamos para ver en derredor nuestro tan solo la miseria y la desolacion! Todo esto parece imposible, pero ¡ay! inútil seria negar esta verdad desconsoladora, inútil tratar de persuadirnos de lo contrario. ¿Podriais olvidar esos dias no remotos de nuestra historia, durante los cuales llegamos á elevarnos cubiertos de gloria ante las demás naciones civilizadas, que citaban como modelo al Gobierno de nuestra gran República? Entonces se hacia solo la guerra á un enemigo extranjero, entonces no teniamos que lamentar una lucha fratricida, entonces no se atacaba á poblaciones sin defensa, ni se quemaban ciu-

dades, ni se devastaban los campos, ni se destruian las fábricas, ni se pensaba en otra cosa sino en defender los sagrados derechos de la patria, despues de haber espulsado del pais á los que inútilmente trataron de dominarnos.

»¿Cómo ha cambiado todo! ¿Y por qué? ¿Acaso no sabeis todos la causa de tantas calamidades? ¿Ignorais por ventura que la injustificable intervencion de algunos ciudadanos del Norte en los reconocidos derechos del Sur, ha dado origen á las tribulaciones que nos aquejan? ¿No es una cosa notoria que las infracciones de la Constitucion son el principal motivo de las dolorosas calamidades por que atraviesa el pais? Antes viviamos todos en paz, reinaba entre nosotros una armonía envidiable, caminábamos rápidamente por la senda del progreso, y de pronto nos hemos detenido; ¿para qué?..... para empeñarnos en una guerra civil que horroriza á las demás naciones, para lanzarnos en una lucha sangrienta en que ha tomado parte un millon de hombres, lucha terrible y digna tan solo de las edades bárbaras, que lleva el luto, la desolacion y la muerte á los tranquilos hogares de los ciudadanos que pueblan este vasto dominio! Y no es esto todo; en aquellos Estados donde no arrecia la lucha, donde no se tocan las funestas consecuencias de este duelo mortal, donde no llegan sino como un eco el estampido del cañon, el ronco fragor de la fusilería y los lamentos de los moribundos, aun allí domina ya el despotismo militar, que ataca las libertades del pueblo en menosprecio de la Constitucion; y en este pais, donde existe la libertad del pensamiento y la palabra, en esta República, donde hemos disfrutado siempre del sufragio universal, primera base de las instituciones republicanas, en este pais, repito, usar de cualquier de esos dere-

chos, ¡se considera ya como un crimen! . . .

»Amigos míos, todos vosotros habreis tenido que lamentar desgracias, á todos os habrán afligido penalidades que no pueden evitarse en el transcurso de la vida, pero ninguna como las que diariamente van pesando sobre nosotros en medio del gran desastre nacional de que es víctima nuestro suelo enrojecido ahora con la mas preciosa sangre de nuestros bravos ciudadanos, con la sangre de aquellos cuyos padres lucharon por su independencia. Esta guerra civil, tan funesta como inútil, agota todos nuestros recursos, acabará al fin con nuestro poderío, y esto cuando se ha demostrado que, unidos y merced al anchuroso Océano que nos separa de las demás potencias de Europa, podriamos hacer frente al mundo entero, aun cuando se armase en masa contra nosotros.

»Ahora, amigos míos, despues de oír lo que os he dicho, podriais preguntarme lo que yo haria en este terrible conflicto, y á esto contestaré que desde el principio de la lucha hasta el dia, solo he tenido mis esperanzas en la fuerza moral, y en ella se fundan aun. Cuando en la primavera de 1861 tuve el honor de dirigiros la palabra, os dije, como os digo ahora, que no he creído ni creo que puedan remediarse nuestros males apelando á las armas, y todo cuanto ha ocurrido desde entonces, me confirma mas y mas en mi opinion. La experiencia nos ha demostrado durante estos dos últimos años cuán inútiles son nuestros esfuerzos para mantener la Union por medio de la guerra, y aun cuando la victoria favorezca á los unos ó á los otros, no por eso se conseguirá el resultado apetecido. Solo por medio de agentes pacíficos podemos esperar que se restablezca la Union y quede asegurada la tranquilidad doméstica y el bienestar del país; solo así conservaremos

nuestras libertades y nuestros derechos, único objeto con que se formó la Constitucion. Si con las gestiones de esos agentes de paz no se consiguiese una avenencia, si nada bastara para reprimir la cólera que anima á unos y á otros, si fuesen inútiles todos nuestros esfuerzos para conseguir un arreglo amistoso, entonces cada uno deberá obrar segun le dicte su conciencia, y al intentar por última vez defender nuestros derechos como pueblo libre, formaremos con nuestros corazones un gran mausoleo que será la admiracion de los amantes de la libertad, y ante el cual se inclinarán respetuosamente, como se inclinan los peregrinos ante las sagradas reliquias de la Tierra Santa.»

Bien se deja ver por el discurso que antecede, que las simpatías del orador estaban en favor de los separatistas, y para que el lector pueda comparar, parécenos oportuno copiar á continuacion una parte del discurso del gobernador Seymour, que ya por sus opiniones moderadas ó porque á ello le obligó su posicion oficial, mostróse mucho mas comedido que la mayoría de sus compatriotas, sin que por esto dejase de hacer gala de sus brillantes dotes de elocuente orador. Hé aquí cómo se espresaba:

«Hace algun tiempo que yo y mis amigos pronosticamos que amenazaban grandes peligros á la patria, pero entonces todos se rieron de nuestros temores: mas tarde, cuando ya empezaba á encapotarse el horizonte de nuestro porvenir, cuando ya se acercaba el momento en que debia oírse el estampido del cañon, anunciando el principio de una funesta y sangrienta lucha, no vacilamos un momento en suplicar á los que estaban en el poder, que hicieran todo lo posible para zanjar las diferencias entre el Norte y el Sur de una manera amistosa y sin recurrir á los extremos, pues un gran orador y eminente

político, el célebre Burke, nos habia asegurado que no habia revolucion que no pudiera evitarse por medios conciliatorios cuando se empleaban estos oportunamente. (Aplausos.) Nuestras advertencias no fueron escuchadas, y cuando ya se entabló la lucha, de nuevo nos dirigimos á los hombres del Gobierno rogándoles que, apreciando el valor de sus adversarios, no tratasen de apurar la paciencia de nuestros Estados hermanos con injustas exigencias, pero entonces se creyó que nuestras palabras eran hijas de una excesiva simpatía, y hasta no faltó quien nos tachara de traidores. Ahora bien, ya veis cómo se ha realizado nuestra profecía, ya veis cuáles son las consecuencias de no haber atendido á nuestras palabras; la sangre de nuestros valientes soldados enrojece los campos de este vasto continente; la guerra ha sembrado el luto y la consternacion entre miles de familias, y á pasos agigantados nos dirigimos al borde de un abismo, en el cual caeremos irremisiblemente despues de haber visto nuestra hermosa patria convertida en un vasto monton de ruinas. No solo está desgarrado nuestro país por la mas sangrienta de las guerras que se hayan conocido en toda la tierra, por la lucha mas espantosa que pudieran imaginar los mortales, sino que estamos divididos por los partidos políticos, que se observan y vigilan con desconfianza, como si se preparasen tambien á medir sus armas en un duelo mortal. Se dice por los que apoyan al Gobierno, que nosotros, los que diferimos patriótica y sinceramente de sus opiniones, tratamos de encubrir alguna traicion y somos enemigos de nuestro país, (¡Atencion! ¡atencion!) y por otra parte, los hombres de la democracia creen que el Gobierno trata de despojarles de sus derechos y libertad, así como tambien de sus mas sagradas franquicias. No necesito re-

currir al testimonio de la prensa ni al de la opinion pública para demostraros cuánta es la exasperacion que anima á los partidos y cuán dispuestos se hallan á lanzarse á la palestra, y aun cuando hace algunos años se nos aseguró que esto no redundaria en perjuicio del país, ahora estamos tocando las consecuencias de esas luchas intestinas que siempre serán funestas para todas las naciones.

»Solo en un punto convienen todos para reconocer que hasta que el Norte permanezca unido, no podrá dar ningun buen resultado la guerra; hasta que se restablezca la armonía no puede asegurarse la paz; ¿y cómo ha de obtenerse esto? ¿Será acaso por medio de la coercion? Á vosotros apelo, amigos republicanos: al decir que la existencia nacional depende de la buena armonía y de la concordia, ¿creeis por ventura que esta ha de conseguirse apoderándoos de nuestras personas, infringiendo nuestros derechos, injuriándonos en nuestros tranquilos hogares, y despojándonos, en fin, de esos sagrados privilegios por los que combatieron nuestros padres y que hemos jurado conservar á costa de nuestras vidas? (Ruidosos aplausos.)

»Nosotros pedimos tan solo que nos deis lo que deseais para vosotros mismos; que se nos conceda lo que no se niega nunca á ningun hombre libre y que se respete á sí mismo, es decir, la libertad de la palabra y el derecho de usar de todas las franquicias que confiere la Constitucion á los ciudadanos de América. (Nutridos aplausos.) ¿Podreis por ventura negarnos esto? ¿No seria atacar vuestros propios derechos el obrar así? ¿No dais lugar á que estalle la revolucion al decir que teneis derecho para apoderaros de nuestras personas, confiscar nuestros bienes y allanar nuestras casas? ¿No os esponeis vosotros á un peligro tan grande como aquel

con el cual nos amenazais? Acordaos de esto: la sangrienta y revolucionaria doctrina, fundada en la necesidad pública, puede proclamarse por las turbas lo mismo que por un Gobierno. (Aplausos.)

»Hoy nos vemos rodeados de tumbas; en una tierra cubierta de luto, regada con la sangre de nuestros amigos, de nuestros hermanos ó de nuestros parientes, víctimas de la mas espantosa lucha que se registra en los anales de la historia de las naciones; pero si queremos, pueden evitarse futuras calamidades, y para esto basta respetar la Constitución y nuestras libertades, y acatar las leyes y los derechos de cada cual; recordad lo que hicieron nuestros padres en verdaderos dias de prueba cuando tuvieron que luchar contra el poder de un monarca. (Ruidosos aplausos.) Si quereis salvar el pais y asegurar vuestras libertades, comenzad por el principio, comenzad por el círculo de vuestras familias, haced que se respeten las instituciones de América, y se reconozca la inviolabilidad de vuestros privilegios, y una vez proclamados vuestros derechos, tened mucho cuidado de no usurpar los de vuestros vecinos. (Aplausos.)»

Los discursos que acabamos de copiar eran muy comedidos, comparados con los que pronunciaran otros hombres del partido democrático, pero todos ellos revelaban una creciente hostilidad contra el Gobierno federal, á quien mas ó menos embozadamente se acusaba de ser el causante de la funesta guerra que asolaba al pais.

No era solo el partido de oposicion el único que tomaba como pretexto el decreto relativo á las quintas para combatir al Gobierno; tambien la prensa democrática se valia de él como de un arma para esgrimirla contra Mr. Lincoln, y no es por lo tanto de es-

trañar que poco antes de comenzarse en Nueva-York las operaciones del primer sorteo, que se debía celebrar el dia 13 de julio, publicaran los diarios de dicho **1863.** partido estensos artículos, cuyo principal objeto era inflamar las pasiones de aquellos que no estaban dispuestos á tomar parte en la lucha, esponiéndose á toda clase de peligros y privaciones para que se pudiese continuar la guerra. Dijose entre otras cosas que nada justificaba el alistamiento, que el contingente que se pedia era excesivo, que no habria legalidad en las operaciones, y por último, que la medida adoptada por el Gobierno era á todas luces inconstitucional y atentatoria contra la libertad individual y contra los derechos de los Estados.

No es nuestro ánimo reproducir aquí todos los artículos de los periódicos en cuestion, pues esto seria demasiado largo, tanto mas cuanto que uno ó dos párrafos bastarán para que el lector forme una idea del carácter de aquellos y de las razones en que se fundaban los enemigos del Gobierno para combatir la última medida adoptada por Mr. Lincoln.

El journal of Commerce (Diario del Comercio), decia entre otras cosas lo siguiente:

«Por doloroso que sea, preciso es confesar que la guerra con todas sus funestas consecuencias, es el instrumento de que se valen á veces los hombres mal intencionados para llevar á cabo sus fines, sin apreciar en nada la sangre que se vierte ni las penas que afligen á miles de familias. Los hombres que así obran, carecen completamente de conciencia, creen que no contraen responsabilidad alguna, y solo piensan en la realizacion de sus mezquinos deseos ó interesadas miras. ¿Qué derecho tiene ningun hombre para apelar á la fuerza de las armas en un caso como el de que ahora nos ocupamos? Los que promueven una guerra civil como la que ahora

devasta los vastos Estados de este continente, son responsables ante Dios y ante los hombres de la sangre vertida y de los sacrificios hechos, y nada en el mundo puede dispensarles de esta responsabilidad.

»Algunos hombres sostienen que una vez empezada la guerra no debe ponerse término á ella hasta que la esclavitud quede abolida, pero á los que así dicen no puede considerárseles sino como asesinos; el calificativo es duro, pero es exacto. ¿Hay algo que justifique á los Estados del Norte por haber provocado una guerra en los Estados del Sur con el único objeto de abolir la esclavitud? ¡No! Esta es una lucha fratricida que no puede justificarse en modo alguno.»

El *Daily News* (Diario de noticias) se expresaba en estos términos:

«De esperar es que se adoptarán medidas para probar la constitucionalidad de la ley que arrancará de sus hogares á sesenta mil ciudadanos para obligarles á tomar parte en la espantosa é injustificable lucha que está asolando á nuestro pais. Dicese que el gobernador Seymour asegura que ni el Presidente ni el Congreso tienen autorizacion, sin previo consentimiento de las autoridades de los Estados, para poner en ejecucion un decreto como el que se acaba de aprobar bajo los auspicios del departamento de la guerra, pero Mr. Seymour añade, que en su concepto no adelantaria nada en practicar gestiones, y que por lo tanto es preferible que se resuelva esta cuestion en el Tribunal Supremo.

»La manera de hacer el sorteo en Nueva-York, es un ultraje para el pueblo, y no ha tenido ejemplo hasta aquí, pues ni siquiera ha publicado el Gobierno un manifiesto sobre este asunto, y se trata con la mayor indiferencia la cuestion de si ha de hacerse una leva de trescientos mil ó seiscientos mil hombres. Si como es de suponer, basta con la pri-

mera cifra para reorganizar el ejército de la Union, el cupo de esta ciudad no debe exceder de doce mil hombres, y en vez de esto, se piden veintidos mil, además de un cincuenta por ciento para formar la reserva. Conviene advertir que los trescientos duros que paga todo aquel que, contando con recursos, puede librarse de la quinta, no se emplean en poner un sustituto, como deberia hacerse con arreglo al espíritu de la ley, sino que se destinan á otro objeto.

»El objeto evidente de los que apoyan la ley de quintas, es disminuir el número de votos democráticos en las próximas elecciones, y claro es que por este medio abriga el Gobierno esperanzas de continuar en el poder otros cuatro años. Matando demócratas, á fin de llenar luego las urnas con los votos de sus soldados ó de los negros, creen los hombres que están en el poder que podrán combatir fácilmente la oposicion. Nosotros abrigamos la confianza de que se adoptarán inmediatamente medidas para impedir que se cometa un escandaloso abuso, y para que nuestro tribunal evite por cuantos medios estén á su alcance, que la ciudad de Nueva-York siga tomando parte en la guerra fratricida que está asolando á nuestro hermoso pais.»

Al dia siguiente de haberse publicado estos artículos, es decir, el 4 de julio, **1863.** circuló en Nueva-York clandestinamente una proclama incendiaria, anónima como es de suponer, en la cual se escitaba al pueblo á defender sus derechos y libertades, con el evidente objeto de promover una insurreccion el dia en que se verificaran las operaciones de la quinta. Precisamente por entonces se recibió el telégrama remitido por Meade desde el campamento de Gettysburg, pero ya los ánimos estaban muy sobrecitados, y segun veremos no era fácil evitar un conflicto.